

Cuba: ¿Dónde estamos de cara a la nación?

Manuel Cuesta Morúa
Historiador, filósofo
y antropólogo
Secretario General
de la Corriente
Socialista
Democrática
Cubana
(CSDC)

FOTO: BANCO DE IMÁGENES DE EDUCACIÓN Y CIENCIAS DE ESPAÑA

Hay una pregunta recurrente en torno al problema racial en Cuba: ¿existe realmente un debate sobre el tema fundamental que toca al completamiento de la nación cubana? Mi respuesta es negativa. La discusión que hoy genera controversia tiene que ver más con lo que ha hecho o no la revolución para insertar al negro, que con la percepción de lo que el negro significa para la nación.

Habría que enfocarse primero en cómo la revolución se inserta en la nación para aproximarse después al problema del negro en la nación. Mi hipótesis de trabajo es que, mientras más se aleja la revolución cubana del proceso nacional, más se aleja la posibilidad de resolver el problema de la participación del negro en la nación. Diría yo que hoy los negros están menos integrados a la nación cubana de lo que lo estaban en 1959. La discriminación en sí misma no es falta de integración: se puede estar integrado desde la subordinación.

Eso me obliga a un rodeo necesario por la revolución. La revolución cubana es nacional y nacionalista sólo en un sentido. Reproduce el esquema de los nacionalismos continentales europeos de los siglos XVIII y XIX que se definen sobre todo hacia fuera: Holanda versus España, Francia versus Alemania, Polonia versus Rusia. Mirada desde dentro, sin embargo, se vacía en su contenido nacional en la medida en que su enfoque, su problemática, su proyección e itinerario, importan temas universales pero en una visión eurocéntrica. La revolución mundial, el internacionalismo proletario, la economía socialista, la igualdad social, la cultura proletaria y el marxismo-leninismo convierten a la revolución cubana en un *locus* universal más que pierde contacto, en la medida que se profundiza, con su tradición, sus raíces y su dinámica cultural.

La tensión entre los temas importados que hacen de la cubana una revolución socialista, su definición negativa desde el exterior, que la

convierten en tercermundista, subordinan más al negro en sus profundidades culturales dentro de la Cuba real y lo desarraigan del entramado nacional.

Me es importante explicar una relación. Desde la subordinación puede haber integración. A lo largo de la época colonial el negro se va integrando aunque estuviera subordinado. Cuando los españoles admiten la reproducción del mundo religioso y cultural dentro del barracón, están coadyuvando, de hecho, a la formación de un crisol nacional donde el baile, la expresión corporal, las maneras de decir, la risa y otros resortes de la mentalidad del negro se van entretejiendo con la cultura de los dominadores. Cuba se va haciendo de ese modo y el negro se va incorporando en la medida en que va incorporando. Está subordinado, ciertamente; está explotado, desde luego, pero se va convirtiendo en cubano del mismo modo que va sucediendo con el español. Su enmascaramiento, fundamentalmente religioso, es una necesidad de psicología colectiva que no engaña ni a negros ni españoles y que es obligatorio para incursionar públicamente en la gran sociedad. Su participación posterior en las guerras de independencia abre el camino, tenso, hacia la posibilidad de que el negro llegue a ser ciudadano político en la futura república, como era ya un ciudadano cultural de esa Cuba que se va forjando. El racismo impide esta conversión plenamente y las tensiones entre cubanos, negros y blancos, van a marcar el rumbo posible hacia el completamiento de la nación. Las sociedades de negros son interesantes para comprender esa tensión: son el puente entre lo que el negro es como africano y lo que el negro puede ser como occidental, pero sin dejar de reconocerse como negro. Esto es, llegar a ser ciudadano económico, social y político sin necesidad de blanqueamiento.

Hay otra relación en la que la subordinación puede llevar a la desintegración. Esta comienza a producirse con la Revolución Cubana.

Empiezo hablando positivamente de un efecto muy concreto dentro de la metafísica de todas las revoluciones ideológicas. Como hecho político total, es decir, como hecho político de naturaleza eurocéntrica, la Revolución Cubana trata de incorporar a los cubanos sin diferenciarlos. “No hay” negros ni blancos, sino burgueses a destruir y proletarios a emancipar. La igualdad de los de abajo es una meta que no pasa por el color de la piel; atraviesa, simplemente, la línea de los que necesitan participar en la riqueza económica, social y cultural por la sola razón de que eran explotados doblemente en el régimen anterior: por la subordinación de clase y por la subordinación nacional a intereses foráneos. Las barreras sociales que hasta entonces establecían diferenciaciones más o menos rígidas comienzan a “desaparecer” y el negro y el blanco comienzan o deben comenzar a sentarse juntos en todos los asientos de la sociedad. Para llegar a esta meta, el fin de la discriminación racial tiene que decretarse más que alcanzarse en un proceso de debate y corrección culturales de ese flagelo, porque de otro modo la revolución tiene que llegar y admitir que la discriminación camina junto a ella, pese a su obra de igualación política y social. Y las revoluciones emancipatorias no son cuestión de un proceso, sino de un acto radical. Todo lo “malo” que se hereda es eliminado por la sola expresión de la voluntad revolucionaria.

Desde el punto de vista negativo, la revolución cubana combina tres procesos duros que comienzan a labrar el camino de la desintegración nacional del negro y de su refugio en lo que llamaré, provisionalmente, una república étnica. El primero de los procesos es que se trata de una revolución hecha

dentro de las coordenadas de elite de origen español, cuyos mecanismos culturales estaban bien frescos para 1959 —bueno es recordar que aquí estuvieron llegando españoles hasta los años treinta del siglo pasado, con todo lo que ello significa para el apogeo del racismo cultural en Cuba. El segundo de los procesos tiene que ver con la limpieza cultural, o vaciamiento étnico, que se desprende de la indoctrinación marxista-leninista obligatoria para el currículo social, cultural y político de los cubanos. Desde este punto de vista se es cubano o se sigue siendo cubano, primero, si se acepta la revolución y, segundo, si se asumen las pedagogías de Marx y Lenin. El cubano tiene que convertirse así en un tipo caucásico ideológica y culturalmente hablando. El tercero de los procesos tiene que ver con la deriva stalinista que trata de buscar un *hombre nuevo* antropológico y que, por consiguiente, rechaza el rico mundo mágico-religioso-cultural que expresa el negro. Estos tres procesos son aplanadoras totales para el negro en tanto adquieren la fuerza política del poder.

La comparación permitirá entender mejor lo que sigue. En la época colonial, la imposición del catolicismo pierde fuerza en la medida en que Estado y religión comienzan a separarse, tolerando y manifestando indiferencia hacia las prácticas culturales de origen africano. Por eso lo negro penetra con fuerza en la nacionalidad. En la época republicana el proceso es más nítido y visible, permitiendo entonces que los negros se asocien en la sociedad civil. Pero en la época revolucionaria el Estado y la nueva religión moderna encuadrada en el marxismo se unifican para cerrar el paso a las herencias culturales que le resulten incompatibles. En este triple proceso combinado, el negro pierde frente a la herencia del racismo de la vieja España y frente a las nuevas ideologías “emancipatorias” que, para-

dóxicamente, le abren cierta oportunidad social y un mayor sentido de igualdad.

La consecuencia mayor de todo esto es la desintegración del negro de la nación cubana por un nuevo tipo de subordinación que le exige un pase de entrada a la nueva nación cubana.

Lo que entonces supone un progreso social, se convierte a la larga en una expulsión de las nuevas coordenadas que comienzan a regir a Cuba de manera total. En la revolución, el negro es una especie de *refugiado social* más o menos atendido, que tiene que soportar tres presiones radicales: el rechazo a su cultura en sus consecuencias sociales, tanto desde el catolicismo como desde el marxismo; su imposibilidad de entrar a la gran política, para la que no está culturalmente preparado, y su guetización cultural, porque las referencias de la elite no admiten a ese negro que tira los caracoles, habla con un montón de santos y está más inte-

resado en el placer que en el *savoir-faire* de una sociedad moderna y competitiva.

¿Dónde está el negro en la revolución? En su república étnica, que con el paso del tiempo se confunde y se despedaza en un sinfín de guetos sociales fragmentados por toda la isla, y en la carrera acelerada por el blanqueamiento que, éste sí, le permite la entrada, siempre subordinada, a la elite política, cultural y económica creada por la revolución. Esto último crea ese tercio ilustrado dentro de los negros que sirven a la publicidad revolucionaria y como referencias de inserción posible para la mayoría de los negros en Cuba.

Si su cultura es negada, esto es, la base y el fundamento único con los que entra para conformar la nacionalidad cubana; si la carrera social y cultural está prácticamente cerrada porque implica una forzada universalización marxista, y si el espacio político está clausurado en tanto sus exigencias son muy altas, el



FOTO: BANCO DE IMÁGENES DE EDUCACIÓN Y CIENCIAS DE ESPAÑA

negro va perdiendo esos lazos, fundamentales, que lo conectan con el proceso nacional. Su cultura, sólo como *performance* estético —lo que incluye también al deporte—, es el único espacio donde puede convivir y en la que es admitido como “cubano”.

La explosión del proceso es entonces de índole cultural y política: los dos pilares básicos de toda nación moderna.

¿A dónde va el negro, entonces, después de la revolución? Tal y como se presenta el debate actual, está claro que el dilema es difícil de resolver.

Los que defienden la “obra de la revolución” en materia racial lo hacen mal. Plantean la discusión en el plano de si el negro es o no un beneficiado social, lo cual es una discusión sin fin ya que la satisfacción social de los marginados en sociedades pobres o empobrecidas nunca termina. Se puede demostrar estadísticamente tanto la satisfacción como la insatisfacción social de los negros en Cuba, aunque el balance siempre se inclinará hacia lo segundo en una tabla comparativa con los blancos. Los que atacan dicha obra pierden de algún modo la perspectiva, porque se centran en las estadísticas negativas que pueden demostrar ciertamente que los negros son unos perdedores sociales en la larga duración.

Lo que me parece más fundamental en el análisis de la problemática racial en la pos-revolución es el lugar del negro en la nación, más que su lugar en la riqueza, por muy importante que pueda ser. En este sentido el debate casi no existe, al menos dentro de Cuba.

¿Cómo entiendo el asunto?

Para estar integrado en una nación se pueden tomar cuatro elementos conjugados: la participación en el poder político —sin la cuestión del poder político, una nación es simplemente nacionalidad—, la relación con el poder económico, la capacidad para estructurar

social y culturalmente a la sociedad, y la expresión estética que identifica a esa nación respecto de las demás.

Con la excepción notable y curiosa del último de los elementos, el resto de los asuntos no se discute en Cuba. En el primer caso, todo el mundo tiene claro que los negros en Cuba no colorean debidamente el poder. Esto es un escándalo en un país donde no somos minoría, y refleja lo difícil que ha resultado para la elite blanca admitir que somos un país diverso. En el segundo caso, la relación con la cuestión económica, el asunto no parece resolverse aún. Sabido es que prácticamente no había campesinos negros en Cuba. Los propietarios negros que se concentraban en las zonas urbanas del país fueron desapareciendo con el paso del tiempo, y se cuentan con los dedos aquellos que hoy regentan una pequeña propiedad en el cuentapropismo cubano o participan de los grandes intereses económicos que se forjan al interior de la elite en el poder.

El tercer caso, la capacidad para estructurar social y culturalmente a la sociedad, es esencial: significa el lugar en el que se está para construir las referencias morales, sociales, intelectuales y culturales integradoras en una nación. Aquí los blancos no comparten el poder con los negros en ninguno de los espacios definitivos. Los negros sí construyen referencias culturales —afortunadamente la cultura es lábil— pero desde la resistencia, desde los nuevos barracones que pululan en la sociedad y desde la magia resolutive a la que se incorporan muchos cubanos por nuestra mentalidad pragmática: nuestros problemas cotidianos deben ser resueltos de cualquier manera, así tengamos que poner un vaso bajo la cama y un coco en el primer rincón de la casa.

Decidir quién entra o quién sale en la gran sociedad cultural no es ya un asunto aquí para, siendo conservadores, la mitad de la población. ¿Quién decide, por ejemplo, que los negros



FOTO: BANCO DE IMÁGENES DE EDUCACIÓN Y CIENCIAS DE ESPAÑA

pueden o no reunirse para discutir la perspectiva de sus problemas? ¿Quién define la índole de esos problemas y los límites de la discusión, cuando ésta puede producirse? ¿Quién tiene el derecho de temer a quién en Cuba?

Todo esto es esencial, porque a la larga ha supuesto la posibilidad de que el racismo gane cada vez más espacio público dentro de Cuba. Y sólo la discusión de estos referentes de pertenencia posibilitará poner el asunto en la perspectiva que creo más correcta: la de nuestro lugar en el entramado nacional para saber si somos o podemos ser cubanos, más allá de la retórica emancipatoria que no nos saca de nuestros refugios sociales y de la estética de presentación cuando el poder necesita mostrar una cara de identidad frente a los otros.

En esta perspectiva se comprenderá mejor que la única solución es cultural: la plena integración de nuestras raíces en todas sus consecuencias culturales, la primera de las cuales tiene que ver con la tolerancia que brota del mundo mágico de nuestra cultura.

Quiero decir que el negro habrá entrado definitivamente a la nación cubana cuando ésta se estructure sobre su principal aporte a ella: la tolerancia respecto a los restantes dioses de su universo plural, sea en la forma de marxismo, catolicismo, cristianismo o revolución. Mientras que este proceso no se produzca, ni Cuba será una nación completa ni el negro estará plenamente integrado a ella. Esa es la única garantía de su participación en los restantes elementos estructuradores de una nación.